

RESEÑAS

HUSSON Patrick, *De la guerra a la rebelión (Huanta, siglo XIX)*. Cuzco-Lima: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas e Instituto Francés de Estudios Andinos; 1992. 247 p. Cuadros, bibliografía.

La historiografía sobre los *movimientos campesinos* en América Latina puede dividirse entre quienes consideran que ellos **guardan**, abierta o encubiertamente, un “potencial revolucionario” capaz de propiciar el avance de la historia y conducir a la transformación positiva del Estado; y aquellos que los sindicán como agitaciones más bien retardatarias a la modernización y defensoras en última instancia del orden (rural) establecido. El predominio de uno y otro temperamento ha oscilado pendularmente a lo largo de las últimas décadas. Los “campesinos revolucionarios” de los años setenta han dado lugar a los “campesinos reaccionarios” de los noventa.

Durante el siglo XIX la historia del Perú conoció, no grandes rebeliones campesinas como la de Túpac Amaru en el siglo anterior, sino algunas pocas de trascendencia más bien regional o local. Investigadores como Nelson Manrique y William Stein han probado, no obstante, que el estudio de tales convulsiones puede acercarnos a la comprensión del funcionamiento de esas, aparentemente aisladas, sociedades rurales serranas y a las motivaciones que, esporádicamente, empujaron a los campesinos a la violencia.

Patrick Husson, historiador francés, nos introduce con su libro (originalmente una tesis presentada en París en 1983) en una apasionante historia local a través del estudio de dos rebeliones —campesinas e indígenas si-

multáneamente— acontecidas en una misma región pero en dos momentos distintos: 1826 y 1896. La región es la parte norte departamento de Ayacucho (las actuales provincias de Huanta y La Mar), bien conocida hoy por la virulencia que ahí alcanza la lucha armada de *Sendero Luminoso*. Las rebeliones: la de los “indios iquichanos” en contra de la naciente república peruana, en un todavía oscuro episodio de “indios realistas” que injustamente ha tenido poca atención dentro de la historia peruana; y la “rebelión de la sal”, que estalló al comienzo del gobierno de Piérola como protesta por el impuesto con que había de gravarse dicho producto, convertido en virtud de estrategias fiscales en un *estanco* (o monopolio del Estado).

Una de las cosas más interesantes del libro es el *método* o *diseño* del trabajo. El mismo autor se ha encargado de destacarlo en la Introducción. En vez de estudiar una sola rebelión en un estilo monográfico, o de intentar abarcar todo un conjunto de insurrecciones campesinas dentro de un amplio territorio, clasificándolas de acuerdo a alguna tipología (antifiscales, antiseñoriales, etc.), Husson aborda dos rebeliones de una dimensión “provincial”, separadas en el tiempo por casi un siglo; la comparación entre ambas le permite obtener conclusiones más penetrantes; al tiempo que, en la medida que el escenario de ambas fue el mismo, el estudio debía servirle (aunque esta es la parte menos lograda) para comprender la evolución del campesinado regional en el curso del siglo XIX.

La primera conclusión, interesante aunque no novedosa, de este trabajo es que estos “movimientos campesinos” (como son conocidas las agitaciones de Huanta de 1826 y 1896) no fueron solamente “campesinos”. Es más: ellos no podrían entenderse, ni habrían surgido, en el marco limitado de una sociedad campesina. El rol de la sociedad no campesina y de los líderes no indios se revela como fundamental para la comprensión de por qué estalla la rebelión y qué objetivos persigue. La idea no es original, ya que la ingerencia de procesos y personajes extra-campesinos en este tipo de rebeliones, es un hecho común y reconocido; pero lo valioso del trabajo del autor es exponer la manera en que se dio dicha interacción: en un esquema que desborda los marcos puramente regionales, y que se aleja convincentemente, tanto del estrecho economicismo, como del sobrevaluado utopismo incaico, de estudios similares.

Las rebeliones, de acuerdo al razonamiento de Husson, fundarían sus orígenes en el impacto local regional que siguió a una gran transformación a nivel nacional. La independencia de España fue uno de ellos; la derrota del

partido Cacerista por las fuerzas pierolistas, que de esta guisa asumieron el control del Estado en 1895, otra. El reacomodo entre las élites locales del norte de Ayacucho como secuela de dichos cambios dejó a los campesinos en el lado de los perdedores.

Tanto con ocasión de la guerra de la independencia, como en el de la guerra con Chile, los campesinos fueron armados y movilizados para los combates, por las élites locales que poco después resultaban derrotadas en las luchas entre los “misticis” por conseguir el dominio sobre la nueva situación creada. Los vencedores, representantes en ambas situaciones de grupos mestizos o blancos emergentes y sin tradición de poder económico o político en la región (de hecho, resultaron triunfantes gracias al apoyo del poder central, y no por su fortaleza regional), amenazaron el *status quo* por su previsible apetito de tierras y poder. Los campesinos, entonces, reaccionaron en contra de estos advenedizos, en alianza con sus antiguos protectores venidos en derrota. En suma, y como lo anota el autor en los capítulos conclusivos: rebeliones contra “la incertidumbre”; “reacción emotiva frente al cambio social”; defensa, al fin, de la “misericordia conocida” (p. 229).

De 1826 a 1896, por otro lado, Husson constata una pérdida de autonomía de la sociedad campesino indígena. En esta última época su protesta ha perdido en dimensión política (no trata ya de desafiar al Estado central) y en capacidad de un liderazgo medianamente autónomo. Resignados ya a medrar dentro de la república peruana, en un rol marginal dentro de una región marginal, los campesinos de final del siglo XIX aparecen como más “manipulables” por las élites; aun cuando aferrados siempre a la defensa de su “territorio” histórico.

Lo que el lector puede reclamar en este trabajo (aparte de un mapa y un mayor cuidado en la corrección de pruebas: ¿era útil, o no, recordar a Miguel Lazón y “otros hacendados de Huanta”, en la p. 227?) es un mejor conocimiento de los *actores*. La sociedad campesina indígena aparece como un personaje nebuloso y enigmático. Sólo se ofrecen unos escuálidos datos demográficos y unas vagas referencias a los antecesores *pokras* y *chankas* de antes de la conquista española. ¿Quiénes eran los indios, o los campesinos, en esta sociedad? ¿De qué vivían? ¿Cómo se gobernaban? También ocurre lo propio con las élites. El lector desespera por conocer mejor, por ejemplo, a los pierolistas huantinos: ¿de dónde provenían? ¿qué querían? ¿cuál era su proyecto regional o de nación? Al quedar estas preguntas sin respuesta, sólo queda imaginar a la “nueva élite” ayacuchana de final del siglo XIX como una gavilla de bandoleros clientelizados por el nuevo caudillo en el poder.

Una mejor definición de los *actores* habría permitido a Husson afinar mejor su comprensión de las alianzas entre mistis y campesinos. Es decir: ¿quiénes pactaban con quiénes? ¿a través de qué representantes? ¿sobre qué bases? ¿cuáles fueron las fronteras de esas alianzas? En esta medida su libro nos habría servido para confrontar sus resultados con los derivados de otros esfuerzos (como, por ejemplo, los de los autores arriba citados) y finalmente para saber qué era lo que los campesinos de Huanta defendían en el obstinado conservadurismo que Husson les adjudica (al parecer con razón).

Carlos Contreras
Instituto de Estudios Peruanos